

Circo Social

en una prisión colombiana

Isaac Sánchez Castellanos

El Circo Social es una herramienta con gran potencial de crecimiento a nivel grupal e individual, donde el participante y el instructor son partícipes de esta transformación.

Durante un viaje a Sudamérica me contacté con una organización, la cual se dedica a operar comunidades terapéuticas, centros de protección a niños vulnerados y prisiones, todas enfocadas en menores de edad.

La organización tuvo un interés particular en el proyecto de Circo Social, sobre todo el director, por lo que se me abrió la oportunidad para colaborar en distintos hogares que tienen en ese país. Después de haber trabajado dos meses con la institución y de compartir talleres en cinco ciudades diferentes, me pidieron planear una intervención que durara siete días en la prisión para menores ubicada en la ciudad de Montenegro.

Me trasladé de la ciudad de Pereira a Montenegro. Llegando, personal de la institución me llevó directamente a la prisión “La primavera”, donde estaban presos alrededor de 80 menores por distintos delitos. Después de conocer a los educadores y directivos el siguiente paso fue trasladarme a “La granja”, en donde estaría hospedado mientras compartía los talleres de Circo Social.

Para llegar a “*La granja*” salimos de la ciudad. Después de quince minutos de carretera el conductor tomó un camino de tierra y llegamos a una casa de campo, o finca, como le llaman en Colombia. Me recibió un educador y me dio la bienvenida.

Me explicó que “*La granja*” pertenecía a la prisión “*La primavera*” y que era su anexo o complemento.

A su vez, también fui recibido por un grupo de doce muchachos. Era notoria su alegría de ver que alguien los visitaba y me preguntaron de manera muy curiosa que si era “el mexicano que les iba a enseñar circo”. Yo pensaba que esta visita era solamente para tener un primer contacto con los muchachos que participarían en los talleres, pero después de unos minutos, cuando me pidieron llevar mis cosas para instalarme en una habitación, me di cuenta que ahí estaría viviendo y realizando los talleres.

No pude evitar tener un poco de miedo al enterarme de esta noticia, mis prejuicios saltaron a primer plano y llegó una pregunta que dio vueltas en mi cabeza:

¿Dormiría y conviviría con adolescentes presos, en conflicto con la ley, que tiempo atrás hicieron daño a la sociedad, a su comunidad o incluso a su familia?

El educador me dio un recorrido por la casa e iba explicándome la dinámica de cada área. La casa estaba compuesta por los jardines de la entrada, los dormitorios, la cocina, sus salas de reunión, su alberca y sus caballerizas.

Me comentó lo siguiente:

“Como te habrás dado cuenta, esta es una casa que a diferencia de “La primavera” y otras prisiones, no hay policías, rejas o muros para cercar las instalaciones, ni mucho menos reclusas, esta parte de la prisión es un área destinada para una etapa especial del proceso de reinserción social.”

Antes de que le pudiera preguntar cómo los mantienen en orden y sin que se escapen, el educador agregó:

“Esta es una etapa más en su proceso, aunque no todos los presos llegan a estar aquí. A algunos de los muchachos todavía les quedan dos o tres años, sin embargo, por su proceso de reeducación que vivieron en ‘La primavera’, se les da la oportunidad de continuar aquí en ‘La granja’, donde tienen actividades para su crecimiento emocional, profesional, espiritual y familiar”.

Me instalé en la habitación aun con muchas dudas en mi mente, pero con una sensación extraña de emoción por encontrarme en ese lugar. Me llevaron al comedor en donde el grupo me dio la bienvenida formalmente. El educador me agradeció por estar allí y los chicos después entonaron una bienvenida que se utiliza en los scouts.

Después, ellos acercaron los alimentos y de inmediato en la mesa comenzaron a hacerme preguntas sobre qué hacía yo ahí y sobre México.

Las preguntas más recurrentes eran sobre fútbol, el chavo del 8, el día de muertos, la novela de la rosa de Guadalupe, los zetas, entre otros.

Al día siguiente, después del desayuno tuvimos el primer taller de Circo Social, realizamos un juego para conocernos y les mencioné las técnicas de circo que podíamos utilizar para el taller, ellos eligieron comenzar con malabares con pelotas.

En la parte técnica tuvieron un gran avance, hubo quien sin saber nada comenzó a lanzar tres pelotas. En la parte de la reflexión mencionaron que los malabares les habían hecho que su concentración estuviera solamente en el momento en el que lanzaban las pelotas y algunos otros hablaron sobre la coordinación.

Cuando el taller finalizó, los chicos continuaron con la actividad que les correspondía y yo me trasladé a “La primavera”, en donde pasé por tres filtros de seguridad en los que me revisaron a mí y al material; después de veinte minutos ya estaba dentro del lugar.

El coordinador de los educadores en turno me dio la bienvenida y me explicó que trabajaría con cuatro grupos, y a partir de esto programamos las sesiones y actividades de la semana.

El primer grupo fue el “Cae 2” el cual era un grupo de veinte adolescentes a los cuales les costaba mucho seguir las reglas de la institución y por la misma razón, pasaban la mayor parte del tiempo en las reclusas.

Para iniciar la actividad con ellos, salieron al patio en grupo y parecían muy contentos de estar afuera, todos andaban sin camisa y se alcanzaban a ver sus tatuajes de escudos de equipos colombianos de fútbol.

Ya estando en el patio se notaban inquietos e interesados en hacer lo que siempre hacían, que era jugar fútbol y tener un tiempo de descanso, pero cuando el educador les informó que no les prestaría el balón para jugar, ellos tomaron una actitud de reproche y reclamaron que si no los dejaban jugar ellos no participarían en la actividad del taller.

Al ver que había mucha tensión entre el educador y ellos, sin pensarlo dos veces saqué de mi mochila un diábolo y comencé a hacer trucos mientras les decía esto a los chicos:

“Hola muchachos, soy Isaac y estoy aquí para pasarla bien con ustedes, si alguien quiere jugar con estos malabares puede acercarse y tomar uno para intentarlo.”

En ese momento muchos se rieron de mí, al parecer fue por mi acento mexicano, ya que después me comenzaron a gritar “órale wey” en repetidas ocasiones. Esta risa relajó el ambiente a tal grado que los chicos, e inclusive el educador, habían olvidado la riña.

Poco a poco ellos se fueron acercando para preguntarme y pedirme los diábolos, algunos otros tomaron los palos de flor y las pelotas para malabares.

Cuando menos me di cuenta, todos se encontraban jugando y divirtiéndose, incluyendo al educador y el custodio. El patio se convirtió en un espacio de alegría y de sorpresas, cuando alguien lograba hacer algún truco volteaba con el compañero más cercano con su rostro emocionado.

Conforme fue avanzando el taller, otros trabajadores, entre custodios y educadores, se paraban en el patio a observar cómo todos estaban jugando. Al principio miraban con admiración y cierto recelo, pero al pasar los minutos ellos se incluyeron al taller, acercándose con los chicos para preguntarles si podían enseñarles a jugar.

Ese día no hubo fútbol, ni tampoco un taller de Circo Social estructurado, ese día hubo magia y alegría en el patio de “La primavera”; hubo mucha diversión y un cambio en la perspectiva de cómo se relacionaban los chicos con los custodios, y cómo los internos podían llegar a tener un papel de “maestro” mientras explicaban sus destrezas.

¡Fue hermoso!



Pasó la semana completa, tanto en “La primavera” como en “La granja”, lleno de emociones y aprendizajes. Al final se me ofreció colaborar una semana más en estos espacios, a lo que accedí y pude profundizar un poco más en la vida de los chicos.

La despedida fue un domingo por la noche. Los chicos aprovecharon para formar un círculo en el que cada uno expresó su agradecimiento, sus aprendizajes en los talleres y algunos me obsequiaron artesanías que hacían allí.

El educador compartió su sentir sobre mi estancia con los chicos. Al finalizar, les presenté dos números de circo, uno de rola bola y otro de diábolo, con el que les agradecí por los momentos y su cariño. Y como un gran cierre, ellos me tomaron desprevenido y me aventaron a la alberca; fue el último momento en el que pudimos jugar y en el que me expresaron su estima y alegría.

A partir de esta experiencia mis esquemas cambiaron, después de los talleres, tanto en “La granja” como en “La primavera”, en muchas ocasiones, como los custodios, tuve que cambiar mi rol de instructor por el de participante en actividades que ellos realizaban.

Tuve que enfrentar mis prejuicios que venía cargando desde hace años y al vencerlos pude pasar los quince días más hermosos en mi vida conviviendo, jugando y compartiendo mi pasión con adolescentes en privación de la libertad.